



SICARIOS DEL FUTURO

RUBÉN GARCÍA CEBOLLERO

Click
EDICIONES

ÍNDICE

[Dedicada](#)

[Citas](#)

[\(Fragmento\)](#)

[1. El nuevo Madrid](#)

[2. Pobreza y zag](#)

[3. Deseo](#)

[4. Tiempo atrás](#)

[5. Significados](#)

[6. Envejecer](#)

[7. Otros tiempos](#)

[8. Matar](#)

[9. Fer](#)

[10. París](#)

[11. Juicio al niño negro](#)

[12. Camaleón Kan](#)

[13. Neis](#)

[14. A por Chelo](#)

[15. ¿Ha muerto Lex?](#)

[16. El funeral](#)

[17. Cita con Marco](#)

[18. El entierro](#)

[19. La gasolinera y Toledo](#)

[20. Dos monjas y Córdoba](#)

[21. Mauna, de Cádiz](#)

[22. Gibraltar](#)

[23. El árabe](#)

[24. La traición y Madrid](#)

[25. En busca de Goc](#)

[26. ¿A dónde vamos?](#)

[Nota final del editor](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)

[Click](#)

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura
¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos

Clubs de lectura con autores

Concursos y promociones

Áreas temáticas

Presentaciones de libros

Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

DEDICADA

Al futuro. La alegría. La imaginación. La paz. Y la esperanza.

A toda mi familia y mis amigos. A los de mi infancia y los de mis viajes de juventud. A los de las Facultades de Derecho y Periodismo de la UAB. A los de siempre. A ti. A ella. Sin olvidar a nadie.

A los que me apoyaron en las dificultades. A los que me han enseñado y ayudado a ser tal como soy. Lo quisieran o no. A quienes compartieron las horas tristes y las horas alegres.

A los que estáis conmigo sin arrepentimiento o con él. A todas las mujeres que han soportado mi poesía impulsiva, irreverente y mi ilógica lógica en el amor. A los que sonreís y acabáis comprendiendo. A los que se fueron. A los que volverán. A los que vengan. A mis ahijados, Silvia y Toni. A vosotros.

A mis abuelos paternos, aunque nada sea como fue.

A mis abuelos maternos, porque son una bendición.

A mis padres, que me han ayudado a nacer dos veces.

A mi hermana, su novio, sus gatos y su perro.

Y a ti.

Con mi eterno agradecimiento.

Con mi más humilde abrazo y saludo.

R.G.C.

Que la suerte os acompañe.

Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen arbitrariamente, en las condiciones escogidas por ellos, sino en las condiciones directamente dadas y heredadas del pasado. La tradición de todas las generaciones muertas pesa con un peso muy grave sobre el cerebro de los vivos. E incluso cuando aparecen ocupados en transformarse a sí mismos y a las cosas, a crear algo completamente nuevo, es precisamente en esas épocas de crisis revolucionaria cuando evocan temerosamente los espíritus del pasado.

K. Marx, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*
Soporta y resiste; ese esfuerzo te será útil un día.
Ovidio

(FRAGMENTO)

Encontré el manuscrito, la máquina y las cintas hace solo unos días. Estaba todo junto en el mismo paquete. Me sorprendió hallarlo en el callejón cercano a mi vivienda. Pensé lo peor. Tal vez por ello, o por inconsciencia, tuve el valor de cogerlo. Estaba junto a un par de cubos de basura. Me costó mucho abrirlo. No porque fuera difícil hacerlo, sino por temor, y este una vez abierto aumentó. Barcelona es una ciudad en la que puede pasar cualquier cosa. Pero aún estoy perplejo.

Me llamo Ignatius de Roldán y Pajuelo. De profesión, bibliotecario. Yo ya soy viejo para que me sucedan estas cosas, y tengo el corazón, desde hace unos días, férreamente encogido. No encontré ninguna explicación a lo que se relata en las siguientes páginas. Confieso que solo quiero que salgan a la luz para apaciguar mi alma.

No digo nada más a quien me lea. La historia habla por sí sola. Tan solo que...

1

EL NUEVO MADRID

La puerta está abierta de par en par. Una mesita vieja, de madera carcomida, sirve de apoyo a una caja de aspirinas. Es una habitación pequeña. La cama tiene un colchón raquítrico, y sobre el cabezal, hay un Cristo de madera tallada. Una ventana, la única que hay, da a la calle. Y un armario de roble, cansado, no contiene nada más que vacío.

La noche huele a fritos de aceite, aroma de aceituna, madera quemada y a algo de gasolina. El otoño suele ser así, de vez en cuando, en el nuevo Madrid.

El aire penetra frío con un soplo fugaz que mueve la ventana y la hace rechinar como a la puerta.

Despierta soñoliento. Sigue la línea recta del pasillo y va hasta el baño. Un espejo partido le fragmenta y refleja la cara. Tiene una cuenta pendiente que saldar.

El piso hace esquina entre las calles Conde y Roldán. No es un barrio tranquilo, aunque lo parece cuando uno llega a acostumbrarse.

Camina entre las calles como un camaleón. Los datos son correctos. Estudia el objetivo. Pero no es el momento. Y regresa a su ático.

Leonardo López Castro es una sombra, un ejecutor. Los de su profesión lo apodan Lex. Y lo respetan y lo temen. Nunca deja un trabajo sin cumplir. Siempre elimina a sus objetivos. Siempre desembocan sus obligaciones en un funesto entierro. No es culpa suya. Si le pagan, y bien..., ¿por qué no matar?

* * *

El año no está siendo muy bueno. Ahora que casi acaba y estamos a mediados de octubre puede decirse que es

malo, casi tanto como el anterior.

Cuando las auténticas derechas accedieron al poder, el 13 de junio, algunos —ilusos— creyeron que algo iba a cambiar. Sí, para mejor. Las calles están llenas de temor, violencia y sangre. Las luchas se repiten, las batallas, las muertes... Hace ya algunos meses... Y no parece ir para mejor.

* * *

El nuevo papa, el segundo en seis meses, no creo que dure mucho. Roma está en ruinas y en Mónaco su seguridad corre un gran peligro. Cualquiera día de estos le darán el pasaporte, y lo enviarán a ver directamente a Dios. Los papas cada vez duran menos.

La situación en las calles..., bueno..., en lo que queda de las calles, es espantosa. Los comandos urbanos están haciendo limpieza. Un pelotón de camisas negras ha fusilado a diez inmigrantes. Nadie sabe por qué. Sospecho que por ser moros o negros. O simplemente porque alguien tenía un mal día.

Hay un clima de odio y de rencor hacia la piel del moro. Los medios informativos tachan su mirada de traidora, de ser capaces de vender la patria, y de haber invadido y destrozado el corazón cultural de nuestra tierra. No tengo ni idea de qué significa todo eso. Es, por lo visto, la causa de tanta sangre derramada y tanto muerto. «Se lo merecen», va repitiéndose con una facilidad sobrecogedora. Sí, «se lo merecen».

* * *

El piso de Lex, ruinoso y pobre, está bien para lo que necesitamos: pasar inadvertidos. Él se mueve rápido, felino y silencioso. El trabajo requiere esa actitud, taimada y efectiva. Además, en el barrio solo reina el caos.

La ciudad está superpoblada: TRECE millones de habitantes. Ha sido dividida en veinte zonas. Su núcleo es conocido como MV o Madrid Veinte. La atmósfera en las calles es la de una guerra. Quien no tiene dinero sabe que pueden asesinarle en cualquier momento. Y quien lo tiene sabe que otros pagarán por verle muerto. Nadie está a salvo ni tranquilo.

Madrid es una ciudad que no tiene, ya no, palomas capaces de invadir un parque o una plaza. Todo se muere aquí. Todo se extingue. No se encuentran ya plumas ni palomares, ni estatuas coronadas y vestidas con heces de paloma, ni zurean ni arrullan ni habitan los tejados, ni sobrevuelan estos cielos de guerra. Todo desaparece. Todo está condenado aquí.

El año que viene no será bisiesto. Solo Dios sabe qué habrá inventado la ciencia para entonces, para dentro de nada, y qué habrá después, qué se hará, si aún estamos con vida.

Madrid es una ciudad que tiene, como el resto del mundo, una mayoría enferma de habitantes, de gusanos, con los rasgos que siguen: hipocresía, zafiedad, avaricia, desconfianza, egoísmo, crueldad, vacío. Y alguno que otro más que, estoy seguro, podrás sumar a mi somero elenco. Es normal que no queden palomas. Los hombres, como el mundo, tienen el corazón enfermo de codicia. Y vagan como lobos. Mostrando fauces sedientas de posesión en esta rota y devastada ciudad, como en el mundo, cual cíclicas olas en un mar sin reposo.

La noche transcurrió normal, con algún silencio fulgurante, mientras la mitad de la población estaba drogada o borracha, y la otra mitad, si no estaba muerta, iba a estarlo. Era cuestión de tiempo.

* * *

—Mal pastor es el lobo para cualquier rebaño.

—Ni que lo digas. La han cagao.

—Y bien cagao —añade—. Después del felipismo, el puyolismo y el aznarismo, esto, ¡ESTO!

—Perdona, pero no me gusta dar puntadas sin hilo, ¿qué es esto?

—Nada, una broma. ¿A que parecíamos los pesaos de las noticias? —sonríe.

—Sí, Lex, sí. Casi he creído que hablábamos como hombres de letras, cultos y educados, pero...

Lex se acerca el diestro índice a los labios, susurrando como una cobra, para que escuche la sinfonía nocturna de los obuses, los silbantes zumbidos fugaces que, de notas y color, pueblan la bóveda celeste. Es una melodía con ritmos y pausas lejanos y repetidos. Escucharla ha pasado a ser casi una costumbre.

—Parece como ayer, ¿verdad?

—El presente, el pasado y el futuro —me dice— son una misma cosa, que distinguimos para poder creer que estamos vivos. Que la vida continúa. Aunque no sea así.

—¿Se te va la *perola* o qué?

—No. Debe de ser el trabajo de mañana.

* * *

La vida es la coincidencia y coexistir de varios tiempos en un mismo tiempo. Algo que hicimos ayer, algo que hacemos ahora, algo que haremos mañana. Es difícil de creer; sí, es difícil. El azar y el espíritu rigen nuestras hazañas y nuestras hecatombes, bases de nuestras vidas, con lo cual somos, a su merced, piezas de un reloj inmenso. Lo extraño es que, aunque nosotros fallemos, el tiempo avanza.

Madrid es una ciudad que nos evita, que nos quiere perder con confusión y enjambre, entre lobos y ausencia de palomas, entre asfalto y balas, como a gatos dentro de lavadoras rodando a toda hostia. Es como si intentara evaporarse, desaparecer bajo nuestros pies si, solo por un mo-

mento, dejamos de ser *echaos pa'lante*. Eso les sucedió a nuestras palomas.

Somos lo que somos. No lo que dicen que somos ni lo que creemos ser. Aun así, Madrid puede llenar de dudas nuestras venas, cubrir nuestro entendimiento, hipnotizarnos con sus lentos vaivenes de combate.

—El Pulpo pelea contra Perro Pérez dentro de unos días, ¿sabes? —me dice—. Nos han contratado para que vayamos.

—¿A quién hay que matar?

—A nadie que yo sepa. Vamos a formar parte del comando de seguridad.

—¿Y a qué se debe eso?

—Ben, es una pelea clandestina. Se apuesta mucho dinero y se juegan la vida. La organización está detrás, ¿entiendes? No hay respuestas porque no puede haber preguntas.

—Vale. Lo capto.

* * *

¿Cómo se llega a esta situación? No lo sé. Un buen día despiertas y el mundo está patas arriba. Nadie creía posible que estallara una guerra, no aquí. Las diferencias entre ricos y pobres, insostenibles, nos han llevado al caos, a la destrucción y a la barbarie. Por eso pienso que nosotros tenemos que adaptarnos y no hacer preguntas. Nadie puede responderlas. Nadie quiere plantearlas.

Madrid es una ciudad casi sin niños. Vacía, desolada y desoladora. La gente se mueve por interés. Exclusivamente por su interés. Nadie moverá un dedo por salvar tu pellejo. Nadie te ayudará sin recibir a cambio algo, beneficioso, deseado, intercambiable. Todos caminan entre sombras.

Madrid sufre la enfermedad del hábito, de la costumbre y la reiteración. Está hecha de mentira, prisa y secretas incógnitas cubiertas de un futuro vacío, de un futuro que es

fraude empeñado en venderse, entre el bullicio macabro de la guerra, como la fiel morada de la esperanza, el verdadero hogar de la felicidad, siendo tan solo una sombra de lo que pudo ser.

Esta ciudad es la cuna de la existencia rutinaria. Refugio de compulsivos compradores, acumuladores, acaparadores, consumistas, dispuestos a amasar un imperio de materias fungibles e infungibles, una montaña de innecesariedad, que justifique su obsesión por poseer lo que sea. Lo que arranque sus ojos de la monotonía, de la uniformidad vital que nos vacía, entre listas y precios, ofertas y demandas, y fachadas de hombres y mujeres, máscaras, intentando escapar de nuestro mísero vivir. De nuestra heredada forma de afrontar la muerte. Todo es una preparación, un adelanto, a su llegada. Una rutina.

Esta ciudad está llena de palabras muertas, de frases que son losas de cobre, de promesas ligeras como hidrógeno, de improvisaciones constantes y asfixiantes y claustrofóbicos ambientes. Es capaz de engullirte, de absorberte, en su cruel maraña de desaparición, lenta y progresiva, como un coche cayendo —a cámara lenta— de un avión en pleno vuelo.

En Madrid el mundo se descompone, se desvanece, se agranda, se achica, se eleva, como una hoguera con forma de lanza, sobre sus habitantes. Los más grandes ideales pueden agonizar, con su fracaso y su miseria, bajo el cruel, envenenado aire que acaricia las calles. En Madrid los gases aún no asfixian, como en otras ciudades, a las nubes que danzan sobre las eólicas corrientes que en el cielo palpitan. La superficie de la tierra no ahoga, ni arde, con la volcánica vehemencia de las fundiciones. El aire, sustituyendo a las insustituibles palomas, todavía logra ascender como un escalador sobre los edificios, y surca la bóveda celeste ajeno a cualquier inversión térmica.

Esta ciudad te sacude la osamenta hasta su hartazgo, como el que rompe media hogaza de pan, descuajaringan-

do las innumerables formas de estar solo. Aquí muchos creen ser el centro del mundo, cuando pueden dar gracias si alguien recuerda su existencia, si alguien piensa por un segundo en ellos. La mayoría de la gente solo piensa en sí misma.

* * *

—El Pulpo no va a pelear con Perro Pérez, no. Va a pelear con Josu, ¿sabes, Lex? Dicen por ahí que Perro Pérez se ha marchado, que se ha ido, que ha volado.

—Bueno, Ben, no sé... No presté mucha atención a contra quién peleaba. Lo cierto es que ya lo veremos, ¿no?

2 POBREZA Y ZAG

Las hélices del helicóptero y el motor rugen en el aire. Se acercan hasta la habitación donde duermo con una melancólica bronquedad interminable.

Se alejó el sonido; no llegó siquiera a hacerme compañía durante más de un minuto. El reloj de la mesita se había parado a las catorce y treinta y seis. Se quedó sin pilas. De la misma manera en que algunos gastan sus sueños, las pilas se han gastado.

Lex se me acercó. Su rostro escrutó de golpe toda la habitación. Entonces, se aproximó a la ventana. Sus ojos otearon la calle.

—Ganar dinero es mucho más fácil que saber gastarlo, y malgastarlo es aún más fácil que ganarlo —gruñe Lex moviendo la cortina.

—¿Vas a hacerlo?

—Sí. Es un objetivo como otro cualquiera —resuelve seco y duro Lex.

* * *

Los huevos de avestruz últimamente están muy asequibles. Se han montado tantos criaderos de avestruz que hay excedente. De todas formas, los comemos porque no hay nada más barato. Aún no me he acostumbrado a su sabor. Pero a la fuerza ahorcan.

Me llaman Ben. No sé si es mi verdadero nombre porque me lo puso Lex. Todos me llaman Ben.

La verdad es que sí que hay algo más barato que los huevos de avestruz; sí, las ratas. Nadie las quiere..., bueno..., solo si hay necesidad. Ya me entiendes.

—¿Con quién hablas, Ben?